LA NACION
ARTES LETRAS
BUENOS AIRES, DOMINGO 28 DE SEPTIEMBRE DE 1947

MUNDO IDEAL, MUNDO MUTILADO

(NUEVAS NOTAS INEDITAS A LA MANERA DE *LA NARANJA*)

Por ENRIQUE LARRETA

(Para LA NACION) — BUENOS AIRES, septiembre de 1947

LOS JESUITAS. — Vienen a decirnos que han matado un puma. Algún renacuajo que anoche, poco antes del alba, salió a los pasos de un modo extraño. Nos vamos todos hacia el rancho de López. Allí está el león, como dormido.

Es un gran cachorro todo brazos, todo manazas y cuyos ojos abiertos parecen todavía llenos de acecho y de fiereza.

Según viejas crónicas, este valle difícil y cercado por todos los vientos por alta serranía, fué para los pumas un sitio de predicación, un recodeo de coto de caza. Se comprende. La especial topografía les permitía obrar de un extraño modo, otro los rebaños, caer sobre ellos de improviso y ganar de un salto las próximas breñas, umbrosas y abruptas. Aun hoy día no pasan muchos meses sin su estrago en los hatos de cabras. Desesperación de los señores; tartarinesco excitante de los turistas.

El Potrerillo. Antiguo nombre. Tierras de muy poco provecho. Se puede decir, comercialmente hablando, que no sirven para nada. Es un encanto más. Rincón ideal para los ocios del espíritu. Tiene, por añadidura, luces de historia, sin lo cual el mejor de los paisajes es cosa muerta. Grandes recuerdos hacen de la vecina ciudad y sus contornos una concreción, un cristal de historia: la Conquista, los Jesuitas, los pirateos inglesos, la Revolución, la Contrarrevolución.

Fué, en un principio, "la estancia de Alta Gracia" merced real, en favor de Juan Nieto, compañero del descubridor y fundador, Jerónimo Luis de Cabrera. El segundo propietario, Alonso Nieto, se hizo jesuita. Cambió aquella riqueza por un hábito. Donó la estancia a la Compañía. Era un feudo inmenso, que abarcaba gran extensión de llanura fértil y buena parte de altiplanicie, algo más lejos, hacia el Poniente. Muy pronto los jesuitas lo llevaron todo a un grado de prosperidad que hoy nos sorprende. Además, construyeron una iglesia, con su anejo convento que son, en su conjunto, el más bello ejemplo de la arquitectura de aquellos tiempos en nuestro país. Muy superior a Santa Catalina y a la misma catedral de Córdoba; no, ciertamente, por el tamaño, pero sí por la originalidad y la gracia del diseño, como lo reconocerá, estoy seguro, todo el que posea la sensibilidad especial que ese difícil arte requiere. También quedan por aquí, entre dos peñascos verticales, única puerta del natural anfiteatro, los restos de un molino, que terminado todavía al tiempo de la expulsión.

En 1767, todo ello fué arrancado brutalmente a los jesuitas. A fines de 1806 se envió a esta tierra, como prisioneros, a unos ingleses de la Primera Invasión. Liniers compró más tarde la estancia a Victorino Rodríguez, su compañero en la muerte. Impresionante pormenor: firmó la escritura de la última porción de campo el 25 de mayo de 1810. Vivió Liniers en el antiguo convento, en las habitaciones del Norte, las que miran al "Tajamar". Fué para él la paz, el descubrimiento de la verdadera dicha. En esas días, le escribe a un amigo: "Ya me tiene usted hecho un hombre campestre, ocupado allá del trigo, del matarancón, del molino, dando órdenes al capataz, al peón, al domador, al carretero, con más gusto que cuando las dictaba a una provincia o a un ejército. Entonces la mayor parte de las noches las pasaba en vela; ahora duermo pasmosamente..."

Muy poco había de durarle aquella felicidad. Llamodo por sus amigos realistas, tuvo que trasladarse a Córdoba, y de allí... ¿Quién conoce el trágico epílogo?... "Clamor".

Hechos, como se ve, preñados todos de gran trascendencia. Pero es en esa ruina de la jesuítica represa, a que llaman en el pago "Primer Parlerón", término y cercanso de más habituales pasoes, donde están, para mí, las piedras inspiradas, las piedras más vivas, las que tienen la virtud de sumirme en largas reflexiones sobre la acción y el ser de los hijos espirituales de San Ignacio.

Hace algunos días pasé allí largo rato sentado al borde de la hermosa cascada que forman las aguas del arroyo al precipitarse por una brecha del negro y ancho muro. Me hallaba bajo la impresión de una lectura angustiosa. Para mi lectura, a la par de las más grandes influencias, rigen mi vida. Acababa de leer, aquella misma mañana, los dos gruesos tomos del libro *Antonio Pérez*, del doctor Marañón. El doctor Marañón, hombre un tanto inverosímil por la amplitud de su admirable ingenio, hace nuevo, y palpitante un viejo asunto, harto llevado y traído por estudiosos de España y otras naciones. Asunto completo, uno de aquellos más complejos y redondos y mejor desenvueltos de toda la historia. Más que argumento de novela, de drama, envuelve y transporta de un experto dramaturgo. Yo por mi parte, creía conocerlo a fondo, como que es uno de los episodios más importantes del reinado de Felipe II; pero la reciente lectura me hizo comprender que mi información era algo corta y también, en cambio, sea dicho de paso, que me había cargado yo, por demás, en cierta ocasión, según he dicho en alguna vez, las sombras del cuadro ni ennegrecido, con exceso, la figura del personaje. Marañón, en este como en otros libros suyos gran escritor y gran hombre de ciencia. Cree uno escuchar, al mismo tiempo, el rasguear de la pluma y el ruido del metal en las mesas de tridio. Triste cosa pensar que alemán que un gran filósofo analiza con honrada conciencia un momento de la historia política de la humanidad, llega indefectiblemente a lo mismo: corrupción, bajeza, perfidia. ¿Será esto el mundo y nada más? La voz del agua contesta mi pregunta. Es como un relato continuado y sin palabras. Me habla de la memoria que impregna estos parajes: la Compañía de Jesús. ¡Hay también grandes claridades! Lea cualquiera, a fin de cerciorarse por sí mismo, la narración de lo que fué la vida de aquellos hombres angélicos en las selvas del Paraguay y de Misiones, los viajes terribles, la sublime paciencia, el constante peligro de muerte, con el santo propósito de arrancar de la barbarie a unas almas dominadas por monstruosos hechiceros y llevarlas a la dicha de una arcadia cristiana.

¡Roque González! Al fin y al cabo, flor sangrienta de una obra universal del más alto espíritu y a la vez de amor abnegado y heroico, como el de los primeros mártires que fundaron nuestra religión.

El apogeo de la Compañía de Jesús coincidió, por desgracia, con la revolución liberal de fines del siglo XVIII. Era el mayor obstáculo, el gran adversario. Se la persiguió en todas partes y por todos los medios.

"Jesuitas", hombres de Jesús, ese mismo nombre sagrado se convirtió en dicterio, en injuria. Gran dicha sería hoy, en todo el mundo, un nuevo florecimiento de su sabia y abnegada influencia, y que su "milicia" hiciera innecesarias todas las otras. Pero no es posible; volverían a ser crucificados.

"LÁMPARA DE SABIDURÍA". Biología, fisiología, física, química, mecánica, astronomía, matemáticas son divisiones y denominaciones que la escasez de nuestro intelecto ha creído necesarias. Espectral policromía de la unidad. En el fondo, la química es física y la física, materia viva, materia inanimada, ¿dónde empieza la una y termina la otra? ¿Dónde está la diferencia esencial de la termodinámica y la cinética molecular, cuando se llega a las últimas hipótesis? La dualidad de alma y cuerpo, a la manera cartesiana, fué la que mejor convino, mientras, no tarde o temprano se llegaría a reconocer que eran una misma cosa. Esta lógica y fecunda hubiera sido la otra: Realidad, pensamiento, como ya lo dijimos. La vida, en cierto aspecto, es pasión de unidad de la sabiduría desdoblada. En la filosofía oriental, el supremo consuelo del alma y su triunfo sobre el dolor, no consisten en la vuelta del ser a la unidad divina, de la cual la vida restaría la desgaja un momento.

UNE BETISE DE PASCAL. — Pongámosle, si quieres, resulta menos áspero y menos irreverente. No por ser muy poderoso y muy gran filósofo, dejó de tener espíritu de tropezar, alguna vez ("Quandoque bonus"...), con una chifla cómica, como cualquiera donde otros no caen. Dice Pascal: *Quelle vanité que la peinture qui attire l'admiration par la ressemblance des choses dont on n'admire point les originaux.* No creo haber leído nunca palabras menos felices acerca de la pintura, a pesar de ser ese arte el que menos se aparta de nosotros y el que hace decir más necesario. Cabría expresar, más bien, todo lo contrario: que la belleza de la pintura consiste en que pueda intentarnos admirar la representación de cosas "que no admiramos nadie admira". Yo, sin embargo, si he de hablar de mi conducta en Europa grandes escritores para quienes la pintura era tierra incógnita. Soy, además, de los que piensan que la influencia del idiotismo es casi siempre funesta en todo arte tan concretamente sensual, y cuyo valor está más en el modo que en la idea; vale decir, en el modo especialísimo de sentir la luz, la sombra, los volúmenes, los colores... y expresarlo luego en la tela material, donde el ojo lo toca y la alma, mano, con sus toques vibrátiles, es tan ciega como el pincel. Obra de nervios y de elegancia más que de pensamiento.

Para un gran pintor, una roja calabaza y un plato de verdes almendras pueden ser un gran modelo como una bella mujer; presaurlo en la tela material, donde el ojo lo toca y la alma mano, con sus toques vibrátiles, es tan ciega como el pincel. Obra de nervios y de elegancia más que de pensamiento.

Para un gran pintor, una roja calabaza y un plato de verdes almendras pueden ser un gran modelo como una bella mujer; un miserable arrabal, mejor asunto que un histórico parque. Agreguemos, paralelamente, que, a ningún entender, un trozo del pañizuelo de la infanta Margarita de Velázquez o de las almohadas de tules de las musas de Goya, aunque no se sepa de dónde provenían ni de qué cosa se trataba, deberían bastar para procurarle al entendido un alto deleite. El intelecto no tiene aquí nada que hacer. Cuando yo quise ejercitarme, hace años, en la crítica pictórica, llegué a comprobar que no había verdadera relación entre los valores de la pintura y el lenguaje literario, del mismo modo que no se puede hacer sentir a otro, aunque se empleen las más ingeniosas expresiones, el gusto de una fruta.

Sin embargo, fuerza es reconocer, en la gran valía de un poeta, el historiador, el filósofo. Hay expresa, por ejemplo, la visionaria melancolía de la España de Felipe II? como los limpios de manos inventaron que se pinta de la roja y dorada Venecia. ¡Pero si la pintura!...

¡Sentido simbólico! También lo tienen muchas cosas naturales. Yo acabo de servirme del sentido simbólico de la naranja. En pintura lo que importa es la pintura. Sabores del ojo.

Parezco un cínico y asceta; no hay que extrañar que la pintura fuese para él una "vanidad" y estimo en un pecado, como lo era para los filósofos musulmanes, con las cuales tenía más de un punto de contacto.

ESPAÑA, FRACIA. — Me escribe un emigrado español. Empieza por decirme que no da en nombre a cada de que yo pueda tener la seguridad de que se trata de una carta desinteresada "y, además", agrega con garbo, "que no reciba usted alguna vez un anónimo decente". Pero la miga está en las siguientes palabras: "Yo, en verdad, había tenido la impresión de que era usted un escritor más afrancesado, más cultivado, como tal, el asunto español. No, no, no". Vienen enseguida las alabanzas: alabanzas, por cierto, harto placenteras y que, debido a ciertos indicios, se me antojan obra de Castilla. Por ejemplo: fuegos del Valle Ambiés o tomillo de Gredos. Doy aquí las gracias, pero quiero, a un tiempo, poner las cosas en su punto.

Soy español, sí, señor, de sangre y de idioma, pero no de nacimiento. Mi formación intelectual, como la de casi todos los escritores rioplatenses, tiene su buena parte de cultura francesa. Agréguense, en mi caso particular, casi veinte años de vida en París, "en París de Francia". Nada tiene, pues, de extraordinario que mi espíritu literario, a pesar del rancio sabor y anhelando purismo, no sea precisamente la de un español de España y deje traslucir, por momentos, en su estructura interna, en su estructura sintáctica, la influencia de los escritores de aquella otra nación. Yo, por mi parte, lo he reconocido siempre y no he dejado de advertirlo aún los que no eran muy duchos en ese género de críticas. Pero no se vaya a viene la almohaza...! Pero, mañadara es ésta que está muy lejos de digitar. Pero es en mi opinión no debiera afligir tampoco a ninguno de aquellos que, como yo, la padecen.

Ahora, en un tono ataíle específicamente a mi visión de España, como no reconocer también lo mucho que debo a los escritores románticos de Francia? El romanticismo francés tuvo, sin duda, sus ridículos y sus masas: la ropa de las mujeres, que nunca fué tan graciosa y poética; los asesinatos dibujitos y "a la misión de España". Fué el tiempo, más o menos, de la leyenda negra, pero también, como ya dije, de la gran admiración. Para mí, las más bellas páginas de algunas literaturas son las que me dan inspiración española. Nunca es tan gran poeta Victor Hugo como en *La Fuente de Galicia*, en *Torre de Vinfante*, en *Hernani*, en *Ruy Blas*... La España de Hugo es la España tan tanto mitológica: España desmesurada y deformada; España de ensejos contrarios, pero con un fondo de realidad esencial que hacen que desentrañar como él, y que fué, en seguida, plagio de muchos y, en consecuencia, difamación de otros tantos. El plagio va siempre acompañado de difamación.

Después, Cervantes. Corneille, el "asunto español" (un solo sorbo, a veces, de ese fervor o valdepeñas) tuvo la virtud de achupar a los escritores de Francia y exaltarles el ingenio. El francés halla en lo español lo que él ya no tiene, lo que él ya no puede tener, por exceso de cultura y sofocación de espíritu. Me refiero a ese dejo sembrábrago que suele ser manantial de invención en los pueblos que ya han perdido su numen solar en la pintura y en la música.

Hecho estudio artístico y gramatical de nuestra magnífica lengua, mucho españolismo de genio y de inspiración; pero a la vez, mucho contrapeso de precisa, toda eficacia: horror de la ampulosidad declamatoria; horror de aquella elocuencia que llegó a contaminar en el siglo pasado, en España, a la misma poesía: hoy no conjura el tiempo buenas empresas que la está deparada a nuestros escritores y que fué ya iniciada, hace más de cuarenta años, por Rubén Darío, en el verso. Arazo nuestro país, debido a razones muy especiales, pueda llegar a ser el más favorecido por las dos admirables herencias: España, Francia.

EL HACHA INSPIRADA. — Los que plantaban, años atrás, muchos árboles en nuestra inmensa y desolada llanura, pensaban siempre por hacerles poner a distancias exiguas, los unos de los otros, como, unos, que se tratara de plátanos, cedros, nogales... Tenían una doble razón. Las macetas, por un lado, el deseo inocente de verles cubrir la tierra cuanto antes; por el otro, el temor de que muchos se perdieran. Sucedió que se salvaban casi todos y que en el bosque espesado de veinte años, a lo más, formaban grandes selvas vírgenes, pero de arbolejos apretados, delgados, sin el menor atisbo de otros errores humanos, este error se convirtió, a la larga, en una gran ventaja. Era difícil en otros estancieros, en poco tiempo, una experiencia de siglos: hízoles saber, mejor que todos los estagogos, cuáles eran, en cada caso, las especies más resistentes, y, por último, después de sufrido, ante la consiguiente expectación, acabó por brindarles placeres dignos de un poeta: esos paisajes en un santiamén, cortando "sin asco", como dicen por allí, miles de troncos; pintar con el hacha paradojas de negruras: suprimir bastidores inutiles; lograr, con un eritro, como el escenógrafo, imprevistos y admirables efectos.

Todo esto es una gran lección de literatura. Se debe pensar del mismo modo cuando se escribe. La belleza antes se alcanza quitando que poniendo. Pero hay que quitar hay que tener superabundancia. Es el secreto del poeta, el secreto del prosista.

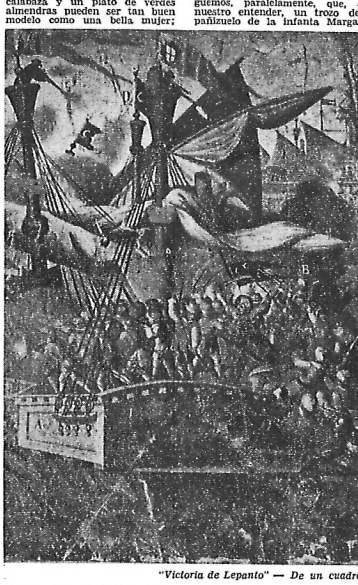
Nos preguntamos, sin embargo: ¿Serán estas observaciones de alguna utilidad en el futuro? Es probará todavía, quien quiera plantar? ¿Habrá quien quiera escribir? Dos consecuencias superfluas, dos lujos y, en cuanto al segundo, el hazo a ser grande y glorioso, el más intenso de todos los latifundios, el que ocasiona mayor soberbia y el que establece mayor desigualdad entre los hombres.

DE NAUFRAGIO Y LEY NAUFRAGIO. — Mi pobre filosofía, aterida y nocturna, halla su último refugio en una idea que, cosa extraña, fué punto de partida, cuando mi ignorancia no había perdido aún la soñadora infancia. Es una idea universal, como una roca, en un eterno rumor de mar; el mismo rumor, el mismo rumor, que los astros escriben matemáticamente en la negrura del cielo. Vuelvo a decirlo, el mismo es un fondo mismo musical. Quien pudiera conocer la razón cósmica de la Música tendría la llave de todo, desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño.

BORDONERIA. — El viaje, para un escritor, es lectura del mundo, atesoramiento. Durante el viaje mismo, las molestias materiales, los pormenores insoportables, el ajetreo, la fatiga, suelen enturbiar la emoción. En cambio, el recuerdo posterior, el ya lejano, el ajetreo, la fatiga, suelen enturbiar la emoción. En cambio, el recuerdo posterior, el ya lejano, el deleite, deleite puro. El hombre inteligente viaja para después; para atesorar, para dar vida a sus días sedentarios, que son los más numerosos; para formar ese libro interior, que es la página más inspiración española. Nunca es tan gran poeta Victor Hugo como en *La Fuente de Galicia*, en *Torre de Vinfante*, en *Hernani*, en *Ruy Blas*... La España de Hugo es la España tan tanto mitológica: España desmesurada y deformada; España de ensejos contrarios, pero con un fondo de realidad esencial que hacen que desentrañar como él, y que fué, en seguida, plagio de muchos y, en consecuencia, difamación de otros tantos. El plagio va siempre acompañado de difamación.

Después, Cervantes. Corneille, el "asunto español" (un solo sorbo, a veces, de ese fervor o valdepeñas) tuvo la virtud de achupar a los escritores de Francia y exaltarles el ingenio. El francés halla en lo español lo que él ya no tiene, lo que él ya no puede tener, por exceso de cultura y sofocación de espíritu. Me refiero a ese dejo sembrábrago que suele ser manantial de invención en los pueblos que ya han perdido su numen solar en la pintura y en la música.

Hecho estudio artístico y gramatical de nuestra magnífica lengua, mucho españolismo de genio y de inspiración; pero a la vez, mucho contrapeso de precisa, toda eficacia: horror de la ampulosidad declamatoria; horror de aquella elocuencia que llegó a contaminar en el siglo pasado, en España, a la misma poesía: hoy no conjura el tiempo buenas empresas que la está deparada a nuestros escritores y que fué ya iniciada, hace más de cuarenta años, por Rubén Darío, en el verso. Arazo nuestro país, debido a razones



"Victoria de Lepanto" — De un cuadro de la época existente en Buenos Aires

ES muy feliz, por cierto, y siempre eficaz, siempre nueva, la violencia en una invención, noble y sabroso el estilo; pero hay otras obras literarias que lucen valores espirituales y no son poca, sin embargo, de renombre tan universal ni alcanzaron tan entusiasta alabanza, aun de parte de aquellos que nunca las leyeron: prueba máxima, como todos sabemos, de la gloria de un libro.

El secreto parece esconderse por detrás de toda apariencia.

A pesar de sus innumerables infortunios, Cervantes fué, en fin de cuentas, un hombre de mucha suerte. Esa suerte de la desdicha, que suele ser la más honda y segura. Estuvo en Lepanto y allí de aquella trascendental batalla naval, "la más alta ocasión que vieron los siglos", sin más daño que el de una mano lesionada un tanto estropeada; orgullo de toda su vida. Cautivo en Argel y sorprendido cuatro veces en sus preparativos de fuga, salvó de la horca debido, según sus biógrafos, a la engañada codicia de Azán-bajá, y también, seguramente, al hechizo de su ingenio. (Recuerdo, ahora, con qué miedo tan grande leía yo a los quince años, ese pasaje de su vida. Alucinado miedo de que le descubrieran y le denunciaran y le matasen y no llegara a escribir el Quijote.) Más tarde, en España, colectó Cervantes un cargo en América. Se lo negaron. "Busque por acá en que se le haga merced". ¡Y vamos a ver! Debió mirar como una gran adversidad aquella providencial injusticia! Pero su suerte mayor fué, sin duda, la que murmuran aún, para quienes saben escuchar esa clase de gritos, las cavernas de Esquivias, en Castilla la Nueva. Misterio de cal, de polvo, de sol y de sepulcro. Misterio, en un pueblo muerto, que parece trazado con yeso en la tela del aire.

El tío de la novia de Cervantes era un cura de aldeanos para quienes la pintura era tierra incógnita. Soy, además, de los que piensan que la influencia del idiotismo es casi siempre funesta en todo arte tan concretamente sensual, y cuyo valor está más en el modo que en la idea; vale decir, en el modo especialísimo de sentir la luz, la sombra, los volúmenes, los colores... y expresarlo luego en la tela material, donde el ojo lo toca y la alma mano, con sus toques vibrátiles, es tan ciega como el pincel. Obra de nervios y de elegancia más que de pensamiento.

Para un gran pintor, una roja calabaza y un plato de verdes almendras pueden ser un gran modelo como una bella mujer; presaurlo en la tela material, donde el ojo lo toca y la alma mano, con sus toques vibrátiles, es tan ciega como el pincel. Obra de nervios y de elegancia más que de pensamiento.

Para un gran pintor, una roja calabaza y un plato de verdes almendras pueden ser un gran modelo como una bella mujer;

"Victoria de Lepanto" — De un cuadro de la época existente en Buenos Aires

doña Catalina de Salazar, *EL QUIJOTE* España—; Cervantes pública Palacios y Vozmediano, sólo al lado a su héroe el casara con ese hombrecillo, con más extremado contrapunto de su locura, como lo hizo aquel otro novelista, con la doble sombra de Cifar y de Ribadeo. Gran acierto, sin duda. Otros no lo tuvieron o, mejor dicho, no quisieron tenerlo por considerar que era más verdadero, más humano presentar esa clase de conflictos dentro de un solo personaje, aunque se exprima el peligro de no ser comprendido por la mayoría de los lectores.

El nació, en fin, el más plástico, el más regocijado y el más célebre embleme del espíritu y la carne.

Pero, hay que mirar todavía más allá de tan familiares fantasmas.

Ya hemos hablado, en otra ocasión, de la desesperadísima ilusión de Cervantes de que el Quijote es hechura de sus críticos. Bien se ve que Cervantes no conocía el principio, todo el alcance de su creación; pero luego, al volcarse entero en su alma y al sentirse a su vez conducido por él, fuéle infundiendo toda la honda filosofía que recíprocamente con su fábula tan bizarramente exaltada le devolvía de rebote. Consubstancial mistura, en fin, semejante de todas las creaciones espirituales. Por lo pronto, dueño ya de la figura central, alimento y candelero de su llama fantástica, y siguiendo acaso el ejemplo del autor del *Cifar* —uno de los primeros libros de caballerías que se escribieran en nivel cada vez más alto de perfección técnica y de libertad individual. Y si Fisher escribe una historia de Europa, es porque Europa es el Fisher de esta cumple ese proceso de manera más regular y sostenido, y alcanza a determinar, con ello, el grado de perfección. Fisher afirma categóricamente que existe una civilización europea. Occidente, un europeo cuando nos enfrentamos con él. Es fácil distinguirlo de Pekín, de Benarés o de Teherán. Nuestra civilización es, pues, distinta: es "prudente expansiva y prepondera-rante".

Sin duda, Fisher concibe la civilización europea como forma eminente de la civilización occidental. El equívoco merece, con todo, ser aclarado. Aunque innegablemente de origen europeo, el desarrollo de la civilización occidental no se oponía a Europa y la medieval, para desembocar en lo que llama "la nueva Europa". Es esta la forma de la expansión, la de los viajes y los descubrimientos, la de la conquista del mundo para la occidentalidad. Esta Europa se va sumiendo en ámbitos que la incluyen, y la sorpasan, y acaso fuera otro tema curioso de la historia de Europa la investigación de lo que ha operado en ella el reflujo de las ma-nas que sometió a su influen. Fisher no lo sabe, pero denuncia con claridad las notas predominantes de la modernidad.

Finalmente, Fisher concede la más amplia atención al siglo XIX. la época, precisamente, en que parecen alcanzar su más alto desarrollo los caracteres específicos de la civilización europea. tal como él los ve: el progreso técnico, la libertad individual, una suerte de felicidad otorgada al hombre —y especialmente al inglés— cuando sabe dominar los secretos impulsos de la naturaleza, desahogo de varios siglos de terror y ascetismo. Sobrevino en Francia Lepanto, 7 de octubre de 1571, la desperdiciada victoria que, por inspiría o celos del monarca español, dejó al Turco tan poderoso y terrible como antes de su derrota. A las primeras voces de ¡Armas! ¡Armas!, Cervantes, enfermo de cuarenta, abrasado por la fiebre, roto, delirante, salta de su camastro, sube a cubierta y se pone en el sitio más peligroso, para morir peleando". Todos sabemos lo demás. La mano izquierda destrozada; las dos pelotas de arcabuz en el pecho.

El pecho mío de profunda herida sentía llagado y la siniestra mano estaba por mil partes ya rompida.

Unica recompensa, tres escudos sobre la paga ordinaria.

Alegra Lepanto Cervantes (1575) el terrible cautiverio de Argel, en cuyas mazmorras su alegría, conducida con los compañeras de infortunio y su cristiano martirio tuvieron también su Judas, que Judas que nunca falta en toda vida grande. La vuelta a la patria no hizo más que agravar el desengaño. Desengaño de los actos generosos y heroicos.

Venciéndose años después anarquía la primera parte del "Quijote". ¡Cuánta experiencia en ese desarrollo reciaal! Por debajo de la ficción y de la sátira, por debajo del inspirado aprovechamiento de los más famosos poemas de la antigüedad, está el drama de una vida verdadera en sus más violentos contrarios extremos. Me gusta volver a leerlo, ir amargura; unas veces a sonrisa y otras, acaso, a todo llorar. Su alma, alma del Renacimiento, resumen del Renacimiento, al internarse burlesca por la selva medieval de la caballería, y al deshacer uno a uno los alticanados y vitales motivos de la Ficción vino a dar, por fin, lógicamente y a manera de parábola, con su propia estupefacción. Es conocido que el Quijote, en sus postrimerías, se da cuenta de la existencia. Mundo ideal. Mundo mutilado.

He ahí, tal vez, el secreto del asombroso libro.

PERSPECTIVA DE EUROPA

AUNQUE pueda parecer paradójico, hay en la apasionada inquietud por el pasado y por la historia un interés más vivo, aunque más escondido, por lo que no ha ocurrido todavía que por lo que ya ha sucedido y forma parte definitiva del pasado. Para quien vive desorientado por la incógnita que ella entraña, la historia parece ser una especie de almácigo en donde esperan pacientes y ocultos en estado latente su día y su hora, y por eso quiere rastrear en ella no sólo lo que ya ha sido, sino también lo que oculta en la virtualidad el signo de una realización futura. El pasado parece una liturgia de fresca tierra humedecida, en la que perduran indelebles las huellas de la vida, pero no de todas interesa la intensidad y el rumbo, sino que suele ser la que más atraían y seducían aquella que desemboca en el páramo del presente y comienza a desdibujarse hasta desaparecer en la finitud de la arena, precisamente cuando se quería adivinar la dirección cierta. En ningún lugar, la inquietud histórica de raíz profunda con una deliberada intención de remontar el curso del pasado a partir de cierta encrucijada, donde reposa la inquietud y en la que se quisiera descubrir el sentido real.

Sin duda alguna, la aventura del conocimiento histórico adopta muy diversos aspectos, según el punto de partida de quien la intente, según la actitud de cada uno respecto a la encrucijada que es para cada uno su presente. Porque quien quiere indagar, sobre la base de ciertas presunciones, el ha de predominar el rumbo que el sospecha, obiendrá una perspectiva hasta distinta de quien busque la justificación del que ya ha comenzado a seguir por un impulso irreprimible. Y no sólo darse un punto de partida más curioso y más trágico; la del que busca en el examen de un estímulo para su esperanza, tras haber sufrido la sorprendente pérdida del rumbo que guiaba su vida, y del que no supo o no quiso dudar nunca, hasta que no se halló de nuevo en la encrucijada, con el pánimo delante de sus ojos.

Este último caso es, por lo, bastante frecuente en nuestro tiempo entre quienes creyeron firmemente en el progreso del progreso espiritual de la humanidad, y sobre todo entre quienes consideraron que la cultura europea tutía casi una culminación en ese proceso. Una juventud o una madurez entre las dos guerras, tan crueles les esnendo a dudar del triunfo de sus ideales y a temer por la suerte de la cultura que ellos entrañaban. Y sin poder —o sin querer— percibir la ruda forja de otros nuevos ideales, que quizá, mundo, comenzaron a modelar cierta perspectiva del proceso histórico, cuyo sentido, en cierto tiempo, concibiéndolo como una marcha que ya ha alcanzado su "poco" y ha comenzado a declinar.

Alguna de esta actitud hay en Herbert A. L. Fisher, el distinguido historiador inglés, cuya "Historia de Europa" acaba de ser traducida al español. Es un libro, en fin, de una historia, al estallar la primera guerra mundial, asistió a todo el proceso que culmina en la desencadenamiento de la segunda, entre el comienzo de los ideales en que se había educado y había defendido. El última espiritual provocado en ellos el estallido de los que rodea toda su obra, que, como suele ocurrir con todas las historias, no es la gran de ninguna formación sobre el pasado, sino también indirecto y vivo testimonio del presente. Erudito y de sólida preparación técnica, hecho al rigurosa trabajo monográfico, pero con innegables virtudes de narrador sencillo y eficaz, Fisher logra hacer exactamente lo que se propone: un libro tan breve cuanto es ya posible, donde el lector culto pueda hallar en la medida suficiente una información correcta sobre el pasado de Europa. Un libro claro, de procesos lineales, medido en los juicios y certero en las observaciones. Pero Fisher era un inglés inquieto y no estaba tocado por el hielo mágico del academicismo: y, sin pensarlo —y acaso sin querlo—, fué jendo en el rastro de sus palabras un aire vago de pesadumbre, que transforma su obra en un curioso testimonio de su generación y de su tiempo.

A nadie podría ocultársele la angustia del sabio historiador casi septuagenario, que en el momento de comenzar a escribir el epílogo de su larga obra se siente impulsado a estampar estas palabras: "Después de veinte millones de años de vida sobre el planeta, la suerte de la mayor parte de la humanidad es todavía, como la Edad Media de Hobbes, "pobre, sucia, brutal y corta". ¿Cuántos ideales,¿deben haberse marchitado en la larga obra se siente impulsado a estampar estas palabras: "Después de veinte millones de años de vida sobre el planeta, la suerte de la mayor parte de la humanidad es todavía, como la Edad Media de Hobbes, "pobre, "zosa